

novela que reúne todas las cualidades para triunfar en Chile y en el extranjero, en mercados que el libro chileno debe ir ganando paulatinamente mediante su calidad artística y el prestigio de sus autores.

GONZALO DRAGO

<https://doi.org/10.29393/At418-144CFFD10144>

*El cautiverio feliz*, de PINEDA y BASCUÑÁN, Zig-Zag, 1967

Cuando los estudios de nuestras letras afirman que *El cautiverio feliz* es la primera novela chilena están en lo cierto, si observamos su contextura interna, el interés de los hechos narrados, la gracia y simplicidad de alma, la belleza y riqueza de su estilo, elementos todos, que unidos a una gran sensibilidad de espíritu hacen de esta obra un recreo y un documento de primer orden para conocer en sus reales dimensiones al araucano.

La presente edición recientemente publicada por Zig-Zag nos llega remozada por el trabajo acucioso del profesor Angel C. González. Pero esto no es todo, ya que desde hace mucho tiempo añorábamos tener al alcance de la mano una edición exacta de este relato, fascinante por muchos aspectos y alejado del público lector, por la imposibilidad de llegar hasta los ejemplares príncipes.

Transcribamos la presentación que hace el ensayista:

"Pineda y Bascuñán, militar, hijo de español, nacido en Chile, y por lo tanto criollo legítimo, encarna el valor, la nobleza y la devoción, virtudes ancestrales que aportó la conquista. Al penetrar, cautivo, en el mundo araucano del siglo xvi, su maravilla fue grande cuando encontró verdaderos patriarcas entre los salvajes, hombres magnánimos que lo defendieron y hogares que le dieron acogida tan cariñosa como no habría podido aguardarla mejor en la Madre Patria".

Estas virtudes ancestrales son perfectamente explicables si tenemos en cuenta que su padre fue hombre de armas que luchó por más de cuarenta años en las campañas de La Frontera, ostentando el codiciado título de "maese de campo". Su padre enviudó en 1614 y Francisco fue enviado al colegio de los jesuitas de Concepción, "para recibir cristiana y humanística formación espiritual". Más tarde se enroló en las filas del ejército, cayó prisionero en la batalla de Cangrejas, sobrellevando un cautiverio de más de siete meses en casa del cacique Maulicán, "indio esforzado y de buen carácter", en donde fue según su propia confesión, un "cautivo feliz". Al son de trompetas y cajas de guerras se reintegró a los suyos, sirvió por segunda vez al ejército español, fue comandante de la plaza de Boroa, en 1673 fue gobernador de Valdivia y finalmente corregidor en el Perú. Murió pobre, legando a sus hijos un pleito y el manuscrito de *El cautiverio feliz*.

Para conocer y poder apreciar, en su justa medida, la trascendencia y calidad artística de esta obra, hemos de colocarnos en su época. Sería insensato y fuera de lugar exigir de su autor técnicas contemporáneas y emitir juicios precipitados, si no satisfacen las exigencias de un lector sólo sensible a la estilística de moda.

*Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, debe ser auscultada con la sensibilidad y equilibrio que exige un relato escrito en el siglo xvii, pero ajeno a la labor permanente del escritor consagrado.

Y aquí radica precisamente el encanto de esta obra singular.

*El tema* es simple: escrita en prosa y verso narra vívidamente todo lo ocurrido en sus siete meses de cautiverio. Nace de este modo una novela apasionante, llena de colorido, de suspenso dramático, de escenas tiernas, que hasta el final quedan aprisionadas en la inquietud de un interrogante: ¿Cumplirá Maulicán la promesa de libertarlo? ¿Satisfarán sus deseos de venganza los indios que juraron quitarle la vida?

Como ya lo indicamos anteriormente la obra posee un marcado *tinte autobiográfico*, que pierde en algunas ocasiones su interés por las digresiones morales y eruditas, muy dignas en sí consideradas, pero superfluas y perniciosas para el interés del relato.

*El indio araucano* es el tema preferido del narrador. Al estilo de Rosales trata de comprenderlo, de llegar hasta su mismo espíritu. Pondera su valentía y la fácil inclinación que posee a la amistad, cuando advierte que no existe una emboscada. El indio bebe vino o chicha sin moderación, es celoso, polígamo y ardiente amante de su suelo y costumbre.

Sin rebuscamientos estilísticos, con sencillez y sobriedad, Pineda y Bascuñán se interna con simpatía en las costumbres indígenas, goza describiendo sus pormenores, esboza con fruición las figuras reales y no legendarias de Maulicán, Lientur, Quilalebo y Colpuche y frena el ritmo veloz de la acción cuando algo le afecta profundamente.

*El machi* entra en escena:

"Parecía un Lucifer en sus facciones, talles y traje. Traía en lugar de calzones, un puno, que es una mantichuela que traen por delante de la cintura para abajo, al modo de las indias, y unas camisetas largas encima. Tenía el cabello largo, siendo así que todos los demás andan trenzados; las uñas tenía tan diformes que parecían chacharas; feísimo el rostro y en un ojo una nube que le cubría todo; muy pequeño de cuerpo, algo espaldudo y rengo de una pierna, que sólo mirarle causaba horror y espanto".

La descripción del "machi" no está colocada como un elemento solamente decorativo. Junto a ella Pineda y con intención de artista sutil, el narrador se interna solapadamente en el misterio del ritmo indígena, para descender luego a los pormenores de la apetitosa comida servida como preludio a la acción curativa del "machi". Su testimonio es extremo va-

liso ya que a través de estas líneas nos es fácil comprender cuál es el origen de nuestros platos típicos, succulentos y por excelencia nutritivos:

"Cazuela bien dispuesta y sazónada... Un buen asado de cordero, longaniza morcilla y tocino, que es sabroso manjar en el invierno y con el frío; tortillas a modo de pan; papas con mucha petitoria de ají; zapallo y made y otros guisados a su usanza".

Así preparados y saciada la sed con chicha se trasladan a casa del enfermo en donde el "machi" será el oficiante. El rito es misterioso, tenebroso y multicolor.

Basculán siente especial predilección por el araucano. *Lientur* es un cacique con rasgos de epopeya; *Maulicán*, su huésped durante el cautiverio, encarna un alma ilustre, digna de estima y aprecio. *Quilalebo* resume la crítica mordaz y justiciera que los nativos hicieron de los conquistadores. Por eso el indio no cree en la palabra del rey ni en la de Dios. ¡Ha sido engañado tantas veces!

*El cautiverio feliz* es un documento directo, sin ambigüedades, ni cortapisas, valiente, literariamente estructurado, polifacetal, pintoresco, real y lleno de sugerencias.

Quien desee conocer el modo de vivir de nuestros indios, hallará en esta obra, horas de entretenimiento y enseñanza.

F. D. D.

*Canciones rusas*, de NICANOR PARRA. Editorial Universitaria, 1967

Esta reciente obra del poeta chileno, tan elogiado por críticos extranjeros, nos acerca a una creación reñida con el academismo de ciertos líricos, que en diversos planos se enclaustran en un mundo de vivencias personales de escasa resonancia estética.

La trayectoria de Nicanor Parra cumple treinta años de un quehacer siempre vivo, sensible a lo noble, a lo sugerente y en contacto directo con lo popular, no divorciado también en determinadas ocasiones con lo sofisticado. Parra no se inquieta por las coordenadas de tiempo y espacio; prescinde de las categorías, para él lo esencial en el arte es dejarse llevar por las armonías siempre ardientes de un sentir y pensar estéticamente percibidos.

Esta noble actitud creacionista, esencialmente enraizada en su yo rico en vivencias, explica su *calidad divergente, de tesis contradictoria, de potente dinamismo mestizo*. *Cancionero sin nombre* (1937), su primera producción, no aporta algo nuevo al acervo lírico nacional. Es necesario esperar hasta 1954, cuando Nicanor Parra publica *Poemas y Antipoemas*, obra singular y llena de hallazgos, que desentonó en el ambiente poético de entonces. Neruda se expresó así de estos poemas en carta a Losada: